

NOTAS Y COMENTARIOS

LA IMAGINACIÓN FANTÁSTICA Y LA IMAGINACIÓN MARAVILLOSA

Flora Botton-Burlá

La fantasía de los escritores se permite toda clase de locuras, toda clase de viajes. Sus inventos se salen a veces de las dimensiones de lo conocido, del universo "real", para llevarnos a ámbitos diferentes, donde ocurren los más extraños fenómenos. Me propongo examinar aquí, brevemente, dos tipos de esos "fenómenos extraños", tal y como se presentan en cuatro cuentos muy conocidos: dos cuentos de hadas de Perrault,¹ "Carta a una señorita en París", de Cortázar,² y "El milagro secreto", de Borges.³

Recordemos rápidamente lo que ocurre en esos relatos. En "Las hadas", de Perrault, la mala madre manda a su hija menor (la buena) por agua a la fuente. Ahí, una vieja vestida de harapos le pide la caridad de un vaso de agua, que la chica le da inmediatamente, con la mayor amabilidad y dulzura. En pago por su bondad, la viejecilla (que, como todos sabemos, es un hada disfrazada) le concede un don: cada vez que hable, de su boca saldrán flores y piedras preciosas. Pero cuando la mala hermana se dirige a su vez a la fuente en busca de la misma prebenda, sus modales no complacen al hada, y el don que concede lleva el signo contrario del de la hermana menor: de la boca de la mayor salen sólo sapos y culebras, para su desesperación y la de su madre, que acaba por echarla a la calle, mientras que la pequeña se solaza, feliz, en brazos del (consabido) príncipe azul con quien se ha desposado.

En "La bella durmiente del bosque", el hada decreta que la princesa habrá de dormir cien años, para deshacer los efectos maléficos de un hechizo anterior. El correr del tiempo se detiene para la princesa y su corte, que al despertar tendrán la misma edad que tenían en el momento del encantamiento.

Al protagonista de "Carta a una señorita en París" también le salen objetos de la boca: de vez en cuando, a intervalos más o menos regulares,

¹ Charles Perrault, "Les Fées" y "La belle au bois dormant", en *Contes*. París, Garnier, 1967.

² Julio Cortázar, "Carta a una señorita en París", en *Bestiario*. Buenos Aires, Sudamericana, 1968.

³ Jorge Luis Borges, "El milagro secreto", en *Ficciones*. Buenos Aires-Barcelona, Emecé, 1966.

vomita un minúsculo conejito. El fenómeno no parece molestarlo demasiado, hasta el momento en que se sale de control, y los conejitos empiezan a aparecer a toda hora. Esto lleva al personaje a la desesperación y al suicidio.

En el cuento de Borges, el "milagro secreto" consiste en una detención del tiempo. A Jaromir Hladík, el protagonista, le es concedida la gracia, en el momento en que va a ser ejecutado, de tener un año más de vida para poder terminar el libro que está escribiendo. Este año transcurre sólo para Hladík, pues el resto del "universo físico" se detiene mientras él completa su labor.

En los cuatro textos ocurren fenómenos extraños, imposibles en el mundo real, y son fenómenos aparentemente semejantes: en "Las hadas" y en "Carta a una señorita en París", los personajes arrojan objetos por la boca. Tanto en "La bella durmiente del bosque" como en "El milagro secreto", el tiempo niega su naturaleza más íntima y deja de transcurrir. Sin embargo, el parecido entre los fenómenos es meramente superficial, porque los cuentos son de naturaleza muy diferente. Los dos primeros pertenecen sin duda al campo de lo maravilloso, mientras que los dos últimos se dejan clasificar dentro de los límites de lo que se suele llamar literatura fantástica.⁴ Los dos grupos de cuentos pertenecen a dos mundos literarios distintos. ¿En qué consisten las diferencias entre ellos? Veamos.

En el universo de la literatura maravillosa, el fenómeno que se presenta no se puede explicar según las leyes del mundo real, sino que obedece a leyes y reglas pertenecientes a otro sistema diferente. El fenómeno es recibido como algo que, desde luego, no ocurre todos los días pero que, al fin y al cabo, es bastante natural. Las hadas y demás seres sobrenaturales quizás no convivan cotidianamente con el común de los seres humanos, pero aparecen de vez en cuando. Como tienen poderes especiales, realizan algún acto para el cual aprovechan esos poderes. Los seres mágicos y sus manifestaciones forman parte del mundo del relato, y son aceptados por él.

En el cuento fantástico, en cambio, los hechos ocurren en un mundo que es el de la realidad objetiva, el de la "realidad real", como dice Vargas Llosa. A diferencia del cuento de hadas, que suele empezar con el clásico "Había una vez...", sin referencia precisa de tiempo ni lugar, en el texto de Borges y en el de Cortázar tenemos datos que nos permiten situarnos temporal y espacialmente (el "milagro" ocurre en Praga, en marzo de 1939; la carta está escrita desde un departamento de la calle Suipacha, en Buenos Aires, en la época actual). En este mundo real, que es el nuestro, en el que todos vivimos, el hecho fantástico irrumpe como un elemento disruptor del orden y de la normalidad.

⁴ Para una explicación más amplia de las bases teóricas de este trabajo, que deben mucho a Tzvetan Todorov (*Introduction à la littérature fantastique*, Paris, Seuil, 1970), véase F. Botton Burlá, *Los juegos fantásticos*. México, UNAM, 1983.

Y los personajes no pueden aceptar el hecho fantástico con la misma tranquilidad con que los habitantes del mundo de lo maravilloso aceptan los hechos mágicos o maravillosos. El personaje-narrador de "Carta a una señorita en París" trata de integrar a los conejitos en su vida diaria, en un intento de neutralizar el fenómeno. Jaromir Hladík tarda un día entero en darse cuenta, en entender lo que le está pasando. La aparición de lo fantástico es un hecho claramente extraño al mundo del relato.

Esa extrañeza tiene una consecuencia lógica: los personajes que experimentan el hecho fantástico son (por lo menos mientras ocurre el hecho) extraños en su mundo, están separados de sus semejantes. El milagro es, precisamente, *secreto*; sólo Hladík se percata de él. El narrador del cuento de Cortázar es un hombre que vive solo, y que se va aislando cada vez más en sus esfuerzos por mantener en secreto la existencia de los conejitos, esfuerzos que lo llevarán al aislamiento final: la decisión de morir.

En los dos cuentos de hadas, en cambio, ocurre algo radicalmente opuesto: el fenómeno ni es secreto, ni se produce en el aislamiento. Los personajes no están marginados, como lo están los del cuento fantástico, ni se enfrentan en privado a los hechizos. Por el contrario, se trata de hechos colectivos. El don del hada se comunica, es público; las dos hijas le cuentan a la madre lo que les ha pasado en la fuente. La bella durmiente es encantada junto con toda su corte, y su despertar es presenciado y compartido por una multitud de personas.

En los textos de Perrault, la causa de los fenómenos es clarísima: fue la voluntad de las hadas. Pero en los cuentos fantásticos la causalidad, en lugar de ser nítida y manifiesta, está envuelta en el misterio. Nunca sabremos por qué el personaje de Cortázar vomita conejitos. "El milagro secreto" es todavía más misterioso: ni siquiera se tiene la absoluta certeza de que haya ocurrido el fenómeno; todo es extremadamente ambiguo, y el lector se queda en la duda. El misterio no es necesario para la presencia de lo maravilloso, pero el misterio y/o la ambigüedad son indispensables para la aparición de lo fantástico.

En los cuentos de hadas el fenómeno extraño no constituye una transgresión, no es una ruptura de la realidad. El mundo de los cuentos de hadas incluye la existencia de seres maravillosos. Como los cuentos fantásticos se sitúan precisamente en el mundo real, la aparición del fenómeno sí es sentida como una ruptura; de ahí que sea insoportable o incomprensible. Lo maravilloso se inscribe en un universo que, aunque no obedece a las leyes de la realidad objetiva, sí tiene, como ya hemos dicho, sus leyes y reglas propias. Lo fantástico, en cambio, se resiste a dejarse conocer. Sus leyes (si es que puede tenerlas) permanecen ocultas.

El mundo de lo maravilloso se añade al mundo real sin atacarlo ni destruir su coherencia, mientras que lo fantástico, esa "irrupción de lo extraor-

dinario en lo cotidiano”, constituye un escándalo, una transgresión que puede ser destructora. El mundo de lo real y el de lo maravilloso coexisten sin grandes conflictos, porque son regidos por leyes diferentes. Son mundos paralelos que se tocan y se interpenetran por momentos, pero sin afectarse. Sus habitantes no tienen las mismas facultades: los seres maravillosos tienen poderes mágicos, sobrehumanos, pero se encuentran casi sin sorpresas con las personas “normales”. No hay choques, y tampoco hay incógnitas. El cuento de hadas no se pregunta sobre la existencia de las hadas, cuya presencia es indudable y manifiesta. Pero en el cuento fantástico casi nada es indudable y manifiesto. El fenómeno insólito no tiene explicación, ni dentro del orden de lo maravilloso, ni dentro del orden de la realidad. Si el fenómeno se explica, el texto dejará de ser fantástico. Hay dos posibilidades de explicación: puede ser, por una parte, que el hecho haya ocurrido tan solo en la imaginación de los personajes (Hladik puede haber soñado ese año de gracia que tanto deseaba). En este caso, no hubo ni fantástico ni maravilloso; se trataba de un mero hecho fuera de lo común, de un hecho extra-ordinario. Por otro lado, es posible que el fenómeno haya sido ocasionado por poderes sobrenaturales (sería el resultado de un encantamiento, de una acción mágica). En este otro caso, formaría parte del orden de lo maravilloso, y estaría regido por las leyes de ese “otro mundo” paralelo de hadas y hechiceros. Pero si la manifestación extraña no encuentra explicación ni dentro del mundo conocido ni dentro del universo maravilloso, si nos encontramos en presencia de lo inexplicable, podemos decir que se ha producido un hecho realmente fantástico.